

Yoshimi ORII y María Jesús ZAMORA CALVO (eds.), *Cruces y áncoras. La influencia de Japón y España en un Siglo de Oro global*, Madrid, Abada editores, 2020, 294 pp. ISBN 978-84-17301-74-3

El libro que presentamos en estas páginas expone las estrechas relaciones que ha habido entre España y Japón desde hace unos 470 años, aproximadamente, tras la llegada del jesuita san Francisco Javier al archipiélago japonés en 1549. Las profesoras Yoshimi Orii y Zamora Calvo, de las universidades de Keio (Tokio) y Autónoma de Madrid, respectivamente, encabezan una monografía en la que se presenta cómo los vínculos entre ambos países a lo largo de la historia se han caracterizado por las idas y venidas, en un continuo fluir y enriquecimiento mutuo. Por otra parte, la globalidad a la que hace referencia el título se observa al fijarnos en la procedencia de las distintas aportaciones, con investigaciones de la propia Autónoma de Madrid, diversas universidades japonesas, Canadá, Portugal, Francia y Polonia. Estos aportes de diferentes ámbitos del globo terráqueo responden a un planteamiento multifocal, como veremos a continuación, con especial importancia para lo relativo a la lengua y la literatura. Así, uno de los objetivos del libro, que no es otro que la actualización de los estudios sobre la relación entre ambos países, se consigue “mediante la comprensión de un contexto más amplio, evaluando la importancia global y la contribución a su historia bilateral”.

Este viaje por las relaciones y vínculos que ha habido entre la península ibérica y la Tierra del Sol Naciente se desarrolla en trece capítulos, que pueden estructurarse básicamente en tres partes, dedicadas a la historia, la lengua y la literatura. No obstante, el análisis conceptual, lingüístico y librario es el que predomina a lo largo de la obra. El primero de esos elementos vertebradores aglutina un total de seis capítulos, en los que se tratan diferentes cuestiones relativas a los siglos XVI y XVII. El primero de ellos tendría como objeto de estudio la embajada Tenshō y, especialmente, el análisis del concepto “obediencia” que hubo detrás de ella. Este acontecimiento tuvo lugar entre los años 1582 y 1590 y fue la primera vez que una serie de representantes japoneses viajaban a Europa para, en esta ocasión, presentarse ante el papa y jurarle obediencia como cabeza de la Iglesia católica. Kenji Igawa no se limita a presentar este viaje, sino que plantea el debate que pudo haber en las obras que aparecieron para dar noticia de esta embajada: en algunas de ellas se plantea la obediencia al Sumo Pontífice Romano, mientras que en otras se relataban otras finalidades que pudo tener el viaje, como el darse a conocer a otras partes del mundo y el hecho de que los japoneses se instruyeran en las tradiciones y arte de Occidente para luego divulgarlos en Japón. Este contacto ponía de manifiesto la importancia para los europeos de que debían continuar misionando y manteniendo contactos con el Oriente asiático.

A continuación, el resto de capítulos de este bloque, que podemos establecer como relativos a la historia, se concentra fundamentalmente en Japón y el papel que pudieron tener

los europeos allí en aspectos tan dispares como el económico, el espiritual y el social. Maria Grazia Petrucci señala cómo las relaciones comerciales se fueron tensando entre finales del siglo XVI y principios del XVII, especialmente con el puerto de Manila, y la limitación de la llegada de navíos extranjeros a Nagasaki a partir de 1611. Esa decisión se encontraba dentro del contexto de los edictos de expulsión de los cristianos y un empeoramiento de las relaciones comerciales en los años siguientes. Sobre este momento de persecución hace hincapié Yoshimi Orii, que analiza los relatos que hubo en torno a los mártires de 1622 y el planteamiento sobre cómo se debía actuar llegado ese momento: si luchar por la vida actuando en contra de la fe católica o, por el contrario, mantener las convicciones religiosas, a pesar de que ellas les condujeran a la muerte. Es interesante señalar cómo esta autora hace diversas similitudes entre los mártires japoneses y los jesuitas perseguidos en Inglaterra a lo largo del XVI.

Los siguientes capítulos tendrían cómo nexo en común el análisis de las divergencias que hubo en Japón entre los jesuitas y los franciscanos, que rivalizaron en sus misiones evangelizadoras. Renata Cabral se centra en los métodos que llevaron a cabo ambas órdenes, especialmente a partir de que los franciscanos se beneficiaran del permiso de Hideyoshi para que residieran en Japón. El conflicto entre religiosos provendría del monopolio jesuita auspiciado por Gregorio XIII desde 1585. Por otra parte, Hélène Vu Thanh plantea el debate que hubo entre ambas órdenes en torno al concepto de pobreza: frente a la actividad económica jesuita en, por ejemplo, el comercio de la seda, los franciscanos presentaban un modelo de pobreza tradicional, cercano al ideal de virtud y la mendicidad. Es importante la atención a estas dos formas de entender el voto de pobreza porque estaba íntimamente relacionada con los modos y medios en los que desarrollaron la evangelización presentada anteriormente. Entre ambos capítulos, nos encontramos con el de Giuseppe Marino en torno a la figura del jesuita Gil de Mata y la presentación de dos cartas inéditas que nos hablan de la situación a finales de la década de 1580.

Un segundo bloque del libro estaría compuesto por una serie de capítulos enfocados al análisis cultural de la evangelización a través de una serie de obras que trataron de establecer puentes entre Oriente y Occidente a nivel espiritual, conceptual e idiomático. Así, Masayuki Toyoshima presenta las gramáticas que surgieron a principios del siglo XVII para “entender y ser entendidos, comprender aquello que les decían, saber rebatir y mostrar educación en sus discursos”. Es un trabajo centrado en el análisis del *Arte* de João Rodrigues (1604), la comparación con las gramáticas de Nebrija (1495) y Álvares (1575), el influjo que tuvo en Japón y las limitaciones en su adaptación a la lengua nipona. Por otra parte, Malgorzata Sobczyk se centra en la traducción de obras al japonés, especialmente el *Tratado de la oración y la meditación*, y cómo estas sirvieron para implantar conceptos occidentales para facilitar la evangelización. Este es un aspecto clave a la hora de acercarse a la labor misionera en Japón porque a través de ellas trataron de facilitar la comprensión del dogma católico, pero no estuvieron exentas de malinterpretaciones o una concepción errónea de lo que se quería transmitir. En tercer lugar, el capítulo de Emi Kishimoto trata del primer diccionario japonés-latín que surgió en 1595, al que siguieron otros traducidos al español y portugués, que fueron una importante herramienta en el apostolado nipón. En este sentido, el gran aporte que hace Kishimoto al analizar estos diccionarios es señalar la metodología de trabajo y los problemas de interpretación asociados al paso intermedio por el español o el portugués para traducir del latín al japonés. Junto a estos capítulos lingüísticos, habría un cuarto, firmado por Cristina Osswald, en el que se presenta la influencia de los jesuitas en el arte *namban* y las artes globales durante el llamado “siglo kirishitan” (1549-1639). Por ser algo más visual, este tema puede ser aquel en el que se puedan observar con más claridad las relaciones y el influjo entre Oriente y Occidente que sobrevuelan a lo largo de la obra.

Finalmente, en tercer lugar nos encontramos con un bloque que continuaría en la línea de análisis de temas literarios de otros capítulos, pero camina desde el siglo XVII hasta las primeras décadas del siglo XX. De este modo, por orden temporal, que no de aparición en el libro, Hiroyasu Nakai expone en el capítulo 12 las representaciones hagiográficas de san Francisco Javier que hubo en el teatro a partir de su beatificación y canonización, especialmente la de Diego Calleja del siglo XVII. De ella, lo más destacado es la forma ideal en la que se presenta la evangelización de Oriente por parte del jesuita, con pocos personajes reales y una gran mayoría que representarían a la población de toda la zona, no a la japonesa de manera estricta. Desde ahí se da un salto en el tiempo hasta el siglo XX, con los capítulos de José Pazó Espinosa y Kayoko Takagi. Pazó Espinosa trata la influencia que pudo existir en el “duende” lorquiano por parte de la flor o *hana* del teatro Nô de Zeami. Dos conceptos que hablan de una experiencia difícilmente expresable o de un “proceso, aleatorio y de aparición irregular y casi inesperada”. Por otra parte, Takagi cierra la obra con un análisis de cómo Japón se presentó en la literatura infantil y juvenil española en las primeras décadas del siglo XX. Con el exotismo por bandera, estas obras tuvieron como objetivo dar a conocer diferentes elementos del país nipón, como el urbanismo o lo relativo a las costumbres, como el sentido del honor o el código bushidô, tan diferentes desde el punto de vista occidental.

En conclusión, la obra que presentamos es un interesante caleidoscopio en el que la lengua y la literatura, fundamentalmente, son los hilos conductores para presentar las relaciones que ha habido entre España y Japón a lo largo de la Historia. Al tradicional punto de vista evangelizador e incluso económico que ha podido caracterizar otras obras anteriores, este libro ofrece un planteamiento más amplio desde el análisis cultural y la globalidad. Este, un concepto que normalmente señalamos como algo más propio al mundo actual, pero que obras como esta de las profesoras Zamora Calvo y Yoshimi Orii ponen de manifiesto que tienen mucho más recorrido en el tiempo y, además, que, a pesar de la distancia, nos unen más cosas que las que nos separan con el Lejano Oriente.

David MARTÍN LÓPEZ
Universidad de Castilla-La Mancha
David.MLopez@uclm.es
<https://orcid.org/0000-0002-3646-2499>